



¿EN VERANO, QUÉ PLAN?

Estamos en julio y siento una necesidad imperiosa de coger esas vacaciones que tanto necesito. Quiero parar este tren de alta velocidad, curarme las heridas que me ha dejado el estrés del año; necesito, tengo que coger distancia ante la inseguridad que me han generado el cambio de trabajo y el cambio de casa.

Y ha comenzado el bombardeo: ¿qué plan tienes para verano?, ¿con quién pasarás las vacaciones?, ¿a dónde vas este año?. Además, ese estruendo interior: he cogido unos kilos, estoy más blanca que la leche, peluda, no tengo un plan perfecto y bien atado, todas mis amistades se van con sus parejas, no tengo dinero para irme de vacaciones, no he encontrado trabajo para el verano... Empieza el verano y, entre tanto ruido, ya estoy más cansada.

Pero no se trata de mi problema personal para organizar la agenda. El sistema bien que sabe organizar nuestros ciclos vitales, nuestros tiempos. Durante el año, ocho horas -si no son más- para el trabajo productivo, ocho para dormir y otras ocho para consumir tiempo de ocio. En teoría esa es la estructura, pero entre los trabajos de cuidados y la precariedad este reparto de tiempos no es real, y muchas mujeres* somos malabaristas del tiempo. En verano, un poco más de tiempo para el ocio pero sin pasarse: más o menos, y si no tienes mucha carga de trabajo de cuidados o mientras tengas los recursos necesarios, un par de semanas para acumular un poco de energía que te permita volver a empezar a currar. Aunque lo hayamos naturalizado, el tiempo del reloj es una construcción cultural creada en función del mercado de trabajo. El tiempo productivo no tiene en cuenta otros "tempus" como el de los procesos, los cuidados, las relaciones sexo-afectivas, es decir, el tiempo de la vida. Seguimos manteniendo y gozando esa vida en el ámbito privado, a escondidas, fuera del tiempo oficial.

El turismo dirigido al consumo se ha convertido en la ilusión del tan anhelado descanso, en otra pieza para mantener girando esa loca rueda. La clase social determinará el tamaño de nuestras fantasías viajeras, el ansia de aventura o las posibilidades de "escapadas románticas". Tendremos al alcance un montón de pisos turísticos y también unas *app* para conocer los preciados restaurantes y visitas típicas del lugar. Todo, sin necesidad de tener en cuenta las condiciones de vida y trabajo de



su población, masificando pueblos y ciudades, despilfarrando, precarizando, contaminando el entorno, ¡en una fiesta vacacional sin límites!

Son las empresas al servicio de las élites políticas y económicas quienes manejan el juego turístico. Las mujeres*, las personas jóvenes, las migrantes... somos clase trabajadora invisible, estamos detrás de esas caras blancas, alegres y heteronormativas de clase alta que vemos en los anuncios de vacaciones. Somos las *kellys* de los hoteles o las camareras, limpiadoras, cuidadoras de personas menores y mayores, sin contrato. Somos, en definitiva, el principal objetivo de esa explotación.

Ese "verano perfecto" implica una gran violencia contra las mujeres*. Se nos encomienda ser deseables y para ello se nos imponen, también en verano, cánones de belleza estrictos que afectan gravemente a nuestra autoestima. No importa si para aumentar los beneficios hay que poner en venta y de rebajas nuestros cuerpos. ¿Cuántas veces hemos visto los cuerpos sexualizados de las mujeres* en la publicidad que utilizan los negocios turísticos?, ¿cuántas veces nos han convertido en objeto sexual?, ¿cuántas dietas, rayos UVA, operaciones bikini, depilaciones láser y modelitos sexys nos han hecho tragarnos?, ¿cuántas veces nos han hecho creer que podemos aceptar un sólo y único modelo de cuerpo? Esos patrones irreales y dicotómicos son violencia contra nuestros cuerpos. Vender, consumir, adueñarse, someter: esa es la lógica del heteropatriarcado capitalista. Y esa es, por tanto, la lógica del turismo.

Entonces, ¿qué plan? Probablemente, entre personas amigas, entre familiares o en soledad, romperé el reloj y sustituiré el tiempo de ocio por tiempo de vida; quizás conseguiré detener esa alta velocidad y relajarme en casa, en mi pueblo, sin tener que huir a ninguna parte. Y, tal vez, si me voy por ahí, miraré con otros ojos el entorno, miraré con otros ojos a las personas que viven y trabajan en él. Reflexionaré sobre el impacto de mi presencia e intentaré minimizarlo, viendo en esas personas lo que yo he vivido, consciente de mis contradicciones. Quizás tejiendo nuestros vínculos, tiempos y vivencias, en septiembre estaremos un poco más cerca de detener la maquinaria que nos obliga a consumir productos para la felicidad.

En julio de 2019
EUSKAL HERRIKO BILGUNE FEMINISTA